



Las relaciones entre la Psicología y el Feminismo en “tiempos de igualdad”

The Relations between Psychology and Feminism in "Times of Equality"

Silvia García-Dauder

Universidad Rey Juan Carlos

Resumen

En el artículo analizo las articulaciones entre la Psicología, como disciplina y conocimiento científico, y el Feminismo como teoría crítica y movimiento social. Mi propósito es evaluar hasta qué punto podemos hablar de "tiempos de igualdad" en la Psicología, teniendo en cuenta su pasado histórico y la situación actual. Para ello, analizo la situación de las mujeres en la psicología -como sujetos y como objetos de conocimiento-, la cuestión de la psicología en el feminismo (hasta qué punto los conocimientos psicológicos han contribuido a la opresión o liberalización de las mujeres y a fines políticos feministas) y la cuestión del feminismo en la psicología (hasta qué punto los discursos y prácticas feministas han contribuido a la consecución de una "mejor" psicología, más objetiva y justa socialmente). Vamos a desplazarnos, así, de la psicología construye 'lo femenino' y 'la mujer', al feminismo reconstruye a la psicología, para terminar planteándonos las posibilidades de una psicología feminista.

Palabras clave: **Psicología; Feminismo; Género; Mujeres**

Abstract

In this article I analyse the articulations between Psychology, as discipline and scientific knowledge, and Feminism, as critical theory and social movement. My aim is to evaluate to what extent we can speak about "times of equality" in Psychology, bearing in mind its historical past and the current situation. In doing so, we analyse the situation of women in psychology -as subjects and objects of knowledge-, the question of psychology in feminism (how discourses from psychology, as a scientific knowledge, have contributed to the oppression or liberation of women and feminist political aims) and the question of feminism in psychology (how feminist discourses and practices have contributed to a more objective and socially fair scientific psychology). The journey we are going to follow is from psychology constructs "the female" and "the feminine", to feminism reconstructs psychology, and finally we will think about the possibilities of a Feminist Psychology.

Keywords: **Psychology; Feminism; Gender; Women**

Recogiendo la temática general de este monográfico, lo que pretendo con este texto es analizar las relaciones entre la Psicología, como disciplina académica institucionalizada y como producción y corpus de conocimiento

científico, y el Feminismo, como teoría crítica y movimiento social que lucha por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Mi propósito con ello es evaluar hasta qué punto podemos hablar de “tiempos de igualdad” en

la Psicología, teniendo en cuenta su pasado histórico y la situación actual. Para ello, vamos a seguir los desplazamientos de las críticas feministas a la ciencia descritos por Sandra Harding (1996): del análisis de la *situación de las mujeres en la psicología* -como sujetos y como objetos de conocimiento-, a la *cuestión de la psicología en el feminismo* -hasta qué punto los conocimientos psicológicos han contribuido a la opresión o liberalización de las mujeres y a fines políticos feministas-, lo que nos conducirá finalmente a la *cuestión del feminismo en la psicología* -hasta qué punto los discursos y prácticas feministas han contribuido a la consecución de una “mejor” psicología, más objetiva y justa socialmente. Esto último implica tener en cuenta las diferentes aportaciones de las epistemologías feministas y las relaciones entre ciencia y sociedad: entre objetividad, movimientos sociales y democracia. Vamos a desplazarnos, así, “de la psicología construye ‘lo femenino’ y ‘la mujer’, al feminismo reconstruye a la psicología” (Kitzinger, 1993, p. 190), para terminar planteándonos las posibilidades de una psicología feminista.

La situación de las mujeres en la psicología como sujetos de conocimiento (I): estudios históricos y pedagógicos

La teoría feminista ha criticado la oposición histórica a que las mujeres pudieran situarse como sujetos de conocimiento a través de la educación. El pensamiento científico y racional moderno se ha construido sobre la base de metáforas de “mentes” y “razones” masculinas que conocían “naturalezas” femeninas (Keller, 1991), reforzando un pensamiento dicotómico que construía a la mujer-científica como una *contradicción en sus propios términos* (Rossiter, 1992). Frente a ello, desde el feminismo, se han realizado estudios *pedagógicos* sobre cómo socializar y enseñar una ciencia no-sexista, al tiempo que los estudios *historiográficos* han recuperado a mujeres científicas, a tradiciones “femeninas” olvidadas en los procesos de definición e historización de las disciplinas y, sobre todo, nos han narrado sus experiencias desiguales de opresión y resistencia marcadas por la diferencia sexual (González García y Pérez Sedeño, 2002).

En Psicología, la historiografía feminista ha evidenciado el mito androcéntrico de una psi-

cología *sin mujeres*, y cómo éstas han sido un *secreto muy bien guardado*. Y así, más que preguntarnos por la inexistencia de mujeres, o por qué tan pocas, tendríamos que hacerlo por su olvido; ya que las hubo, fueron reconocidas por sus contemporáneos -en mayor o menor medida- y ocuparon cargos importantes dentro de la institucionalización de la disciplina. El trabajo de Elizabeth Scarborough y Laurel Furumoto (1987) sobre la historia perdida de las dos primeras generaciones de mujeres psicólogas en EEUU ha sido muy revelador en este sentido. Estas pioneras vivieron la discriminación de no ser admitidas en las aulas por su sexo, o serlo en calidad de estudiantes especiales; el rechazo al reconocimiento oficial de sus doctorados; la exclusión de sociedades científicas -como la de los Experimentalistas de Titchener-; o los obstáculos a ejercer como psicólogas dentro de la academia y, por ello, la búsqueda e invención de empleos en trabajos aplicados o en los *colleges* de mujeres (ambos ámbitos desprestigiados por estar feminizados). Y no obstante, será en este periodo donde dos mujeres alcanzarán la presidencia de la Asociación Americana de Psicología (APA): Mary Calkins en 1905 y Margaret Washburn en 1921, lo cual no volverá a repetirse hasta la década de los 70. La intersección entre políticas de género y conocimiento se hará evidente en estos primeros años con una clara segregación sexual “horizontal”: la división entre una psicología pura desde dentro de la academia, masculinizada y legitimada, y una psicología aplicada desde los ámbitos de reforma, feminizada, desprestigiada y excluida de los mecanismos de reconocimiento oficial. Así, tras la I Guerra Mundial¹, con la aplicación masiva de tests mentales para la selección de reclutas, dicha actividad, antes feminizada y desvalorizada, pasará a ser lo que colocará a la psicología en el mapa de las ciencias (García-Dauder, 2005a).

Estas investigaciones han recuperado también tradiciones perdidas: los trabajos empíricos de pioneras desmontando los mitos psicológicos sobre la inferioridad de las mujeres, e inaugurando una tradición psico-social en el debate herencia-ambiente apenas reconocida; las aportaciones transdisciplinares y co-

¹ Para un análisis sobre segregación sexual en psicología que tuvo lugar durante la II Guerra Mundial, ver Capshew y Laszlo (1986) y Russo y Denmark (1987).

lectivas desde la intersección de ámbitos de reforma y la universidad, como fueron los trabajos de las mujeres de la *Escuela de Chicago* (García Dauder, 2010); o aportaciones individuales como los trabajos psicosociales de Mary Calkins sobre la psicología del *self* o los de Mary Parker Follett sobre los grupos, el poder y el conflicto (García-Dauder, 2005a, 2005b; Domínguez y García-Dauder, 2005).

Estos estudios históricos tienen el mérito no sólo de recuperar los nombres de mujeres eminentes en Psicología y mostrar sus contribuciones, sino de situar sus trabajos en un contexto de discriminaciones donde no partían de una situación de igualdad respecto de sus compañeros. De esta forma comprendemos que la meritocracia en la historia de la psicología no es más que un mito. Para evaluar las consecuencias de este pasado histórico sesgado, de una psicología sin mujeres, no hay más que echar un vistazo a los manuales recomendados y más utilizados de historia de la disciplina. En un reciente Seminario, pedí a estudiantes de primer curso que recogiesen diferentes manuales de Historia de Psicología presentes en la biblioteca de la Universidad Rey Juan Carlos (en Madrid) y que buscasen nombres de mujeres en ellos. La sorpresa fue doble: primero, la dificultad de reconocer el sexo a partir de apellidos o iniciales y, después, la escasez o ausencia total de nombres de mujeres. Un dato que ha sido corroborado por un estudio bibliométrico más sistemático realizado en la Universidad de Barcelona (Giménez, 2007). Cuando las/os estudiantes aprendieron después que hubo pioneras psicólogas que fueron presidentas de la APA, su desconcierto fue total. Mi experiencia es que esta es una buena forma de concienciar al alumnado de las desigualdades de género en Psicología, junto con otras como las de clase y nacionalidad.

Pero las experiencias particulares de las pioneras psicólogas sólo están narradas en libros especializados, leídos por unas pocas psicólogas interesadas en cuestiones de género y feminismo. En los pocos manuales de texto en que vienen sus nombres, aparecen o bien de forma marginal bajo epígrafes del tipo *diversidad en Psicología*, o bien se identifican sus contribuciones descontextualizadas como si las condiciones de posibilidad de psicólogos y psicólogas de la época hubieran sido las mismas. En mi opinión, una historia de la psico-

logía más igualitaria implicaría la inclusión de los nombres y las contribuciones de las mujeres psicólogas donde corresponda, según la temática de sus aportaciones, y no en epígrafes marginales por su identidad grupal; pero también situar sus contribuciones y experiencias en su contexto social, del mismo modo que las de sus compañeros, siguiendo la tradición historiográfica (Buss, 1979; Lerner, 1992; Bohan, 1992).

En la medida en que la historia de la psicología no solo adolece de sesgos de género, sino también culturales o de nacionalidad, una mayor igualdad en cuanto a referentes o modelos históricos implicaría también una recuperación de mujeres psicólogas más allá de las estadounidenses, y poder así comparar los contextos de producción. Que tanto el alumnado como el profesorado de Psicología conociera, por ejemplo, trabajos como los de Carmen García Colmenares (2007) que recupera a las pioneras psicólogas españolas y las sitúa en un contexto de menor institucionalización de la Psicología como ciencia y atravesado por una guerra civil y exilios políticos².

Para ejemplificar la importancia de esta recuperación histórica en la generación de modelos, voy a contar otra experiencia en el Seminario antes descrito. Otro ejercicio que realizaron los/as estudiantes fue confeccionar un supuesto cartel -desconocían el objetivo final de la práctica- para unas jornadas. En él debían aparecer: “un profesional de la psicología, de la filosofía, de la medicina, y una persona que pasa por la calle cuya profesión se desconoce”. Pues bien, más del 90% eligieron para el profesional de la psicología a un varón blanco, de unos 50 años y en muchos casos con barba. El prototipo de profesional de la filosofía fue muy parecido y sólo en el de la medicina aparecieron algunas mujeres. Curiosamente, la “persona que pasa por la calle” representada fue en la mayoría de los casos una chica joven. En una carrera con un alumnado mayoritariamente feminizado en términos estadísticos, no sólo no existen nombres de mujeres en los manuales de historia, sino que el modelo actual de profesional de la psicología sigue siendo claramente el de un varón. Me pregunto por las “implicaciones igualitarias” que ello tiene respecto a espec-

2 Para un análisis de la situación de las pioneras psicólogas en Argentina y Chile, ver Winkler Müller (2007).

tativas y aspiraciones profesionales y en cuanto a reconocimientos de autoridad científica en función del sexo. Más si cabe, porque cuando se les preguntaba si esta falta de modelos podría tener algún tipo de consecuencias en su formación, tanto alumnas como alumnos negaban cualquier tipo de efecto, no lo tomaban como un índice de desigualdad de partida, simplemente representaba un sesgo del pasado. La referencia a una situación de desigualdad en el pasado que terminará reequilibrándose proporciona una visión de progreso lineal de la disciplina, al tiempo que salvaguarda su neutralidad y evade reconocer su sexismo (Cabruja, 2008). En mi opinión, una formación más igualitaria implicaría ya no solo una historia más igualitaria, sino una mayor formación de conciencia de desigualdad y de sus posibles consecuencias.

En esta línea, un alumno comentó en el Seminario que no entendía por qué estaban dando a las mujeres psicólogas como parte de una actividad anexa a la asignatura de Historia (como “la otra historia”), y no como núcleo de la asignatura. La pregunta refleja la situación actual paradójica donde, hasta que no se reconozcan a las mujeres psicólogas como sujetos de conocimiento legítimo por sus contribuciones y se hagan explícitas las desigualdades de reconocimiento, seguirá siendo necesario recuperarlas en seminarios o libros marginales donde se identifiquen como “mujeres”. Por otro lado, siguiendo a Teresa Cabruja (2008), esta recuperación compensatoria de mujeres como sujetos de conocimiento provoca resistencias, bajo la creencia de que la:

Ciencia es neutra y se constituye por acumulación y relevancia de las aportaciones, parece difícil que si alguien hace algo verdaderamente importante, no se le incluya (...) Razón por la cual su recuperación [la de las mujeres psicólogas] no se entiende como ‘reparación’ a la anterior exclusión (2008, pp. 40-41).

Se construye como una aportación “de dudosa calidad”, de inclusión “forzada” por una identidad, y no como una forma de reparación de desigualdades históricas (2008, pp. 40-41).

Frente a esta postura, me gustaría señalar varios proyectos de investigación actualmente en desarrollo sobre mujeres científicas contemporáneas en España y Latinoamérica que rompen precisamente con esta división artificial entre los valores externos e internos a la ciencia. Uno, elaborado por el grupo de inves-

tigación GENCIANA de la Universidad de Zaragoza sobre *Científicas que dejan huella: interacción entre la experiencia vital y la contribución a la ciencia*; el otro, una investigación comparativa entre México y Cuba sobre *Mujeres académicas: entre la ciencia y la vida* (Blázquez et al., 2008). Lo que me interesa señalar de ambos, no es sólo el ejercicio de reconocimiento de científicas -y psicólogas- españolas y latinoamericanas “en vida”, construyendo modelos y genealogía, sino su intención de analizar mediante entrevistas en profundidad e historias de vida la interacción entre sus trayectorias vitales y sus contribuciones a la ciencia. Es más, destacan el poder transformador de estas entrevistas, no solo para un posible público objetivo, sino para las propias mujeres entrevistadas, que en el ejercicio de retrospectiva vital toman conciencia de sus logros y en muchos casos conciencia de género y de las discriminaciones que experimentaron (Blázquez, Bustos y Restrepo, 2010). Un ejercicio similar ha sido el realizado por Amparo Moreno (2009) en *Las psicólogas hablan de Psicología*, un libro cuyo título reproduce su homónimo masculino escrito en 1977 por David Cohen donde psicólogos “clásicos” -varones- hablaban de psicología (pero a diferencia del libro de Moreno nadie se apercibió de su sexo). A través de entrevistas a prestigiosas psicólogas españolas, se discuten cuestiones teóricas y aplicadas de la disciplina, pero esto no es óbice para introducir también cuestiones personales, éticas y políticas, entre otras, la vinculación entre el género y el desarrollo profesional. Este ejercicio de reflexión sería igualmente recomendable para el caso de la subjetividad masculina y sus relaciones con la objetividad científica, tal y como ha señalado Evelyn Fox Keller (1991).

La situación de las mujeres en la psicología como sujetos de conocimiento (II): estudios estadísticos, bibliométricos y psicosociales

Junto con estos estudios históricos, también existen investigaciones empíricas *estadísticas, sociológicas y psicosociales* sobre desigualdades de género en Psicología, que han descrito diferentes barreras y exclusiones para reclamar transformaciones en la disciplina. Conviene rescatar, a este respecto, los estudios de Margaret Rossiter (1995) sobre la situación de las académicas estadounidenses en el pe-

riodo conservador posterior a la II Guerra Mundial. Junto con prácticas discriminatorias de contratación a mujeres, se instauraron reglas antinepotistas que impedían a psicólogas casadas eminentes desempeñar puestos docentes en las mismas universidades que sus maridos o las echaban si lo hacían. Esta situación marginal fue recogida por Jane Loevinger (1948, p. 551) que demandó en un artículo en la *American Psychologist* “una ética profesional para las mujeres psicólogas”, denunciando su utilización como trabajadoras de segunda clase con sueldos que sonrojarían a científicos varones igualmente cualificados. En 1951 la psicóloga feminista Mildred Mitchell también denunció en la *American Psychologist* el desigual estatus y la baja representación de mujeres en altos cargos de la APA en proporción con su número y méritos. Dicho artículo formaba parte de las actividades de investigación generadas desde el *International Council of Women Psychologists*³, creado en 1941 “para la promoción de la psicología como ciencia y como profesión, particularmente respecto a la contribución de las mujeres” (Mitchell, 1951, p. 193), y rechazado como División de la APA en 1948 por su *naturaleza inherentemente discriminatoria* al constituirse como *grupo de mujeres* (Rossiter, 1995).

Pero será fundamentalmente a partir de la llamada “segunda ola del feminismo” de los 70 que la cuestión de las mujeres como *sujeitos* productores de conocimiento científico alcanzó relevancia teórica y política. Las mujeres científicas adquirieron conciencia y voz como colectivo en situación de inferioridad dentro de las diferentes comunidades científicas. Artículos como el de la socióloga Alice Rossi (1965) “Women in science: Why so few?” o el de la psicóloga social Naomi Weisstein (1977/1997) “How can a little girl like you teach a great big class of men?” the chairman said, and other adventures of a woman in science”, donde denunciaban las actitudes y prácticas sexistas en la academia, actuaron como revulsivos impulsando “grupos de concienciación” informales de mujeres académi-

cas que comenzaron a organizarse para provocar cambios legales que eliminaran las prácticas de discriminación sexual en los procesos de contratación y salarios. Revistas como *Science* comenzaron a publicar diferentes estudios que mostraban evidencia científica sobre prejuicios y discriminaciones sexuales en los sistemas de contratación, sueldo y promoción académicos. La *American Psychologist* publicaba en 1970 “Empirical verification of sex discrimination in hiring practices in Psychology” de Linda Fidell (1970). Esta investigación empírica concluía que los directores de departamento contratarían a varones con mayor probabilidad que a mujeres con iguales currículum vitae y que les ofrecerían mayores rangos con menores méritos.

En el marco de estos estudios pioneros de una *psicología social de la ciencia y del género*, destacamos “The psychology of tokenism: An analysis” publicado en el número inaugural de *Sex Roles* en 1975. En dicho artículo, Judith Laws analizaba lo que más tarde se denominará “el síndrome de la abeja reina”: mujeres excepcionales que han conseguido altos cargos y que han sido socializadas para creer que el sexo es irrelevante en las interacciones profesionales “meritocráticas”. Faye Crosby (1984) analizó pocos años después un fenómeno relacionado: la conciencia selectiva o “negación de la discriminación personal” en personas que pertenecen a grupos oprimidos y se perciben como excepciones. Estos fenómenos describen el difícil equilibrio identitario de mujeres académicas que no están dispuestas a arriesgar su legitimidad y reconocimiento entre compañeros al identificarse con otras mujeres o con temas de mujeres, y actúan como si el sistema de sexo/género no marcara diferencia alguna, pero sin desprenderse a su vez de la mascarada femenina para no ser rechazadas (como ya describió la psicoanalista Joan Rivière en 1929/2007). Se trata de un doble vínculo: con la neutralidad masculina científica que no permite adscripciones marcadas de género y con las normas sociales que sancionan “desviaciones” genéricas.

También son importantes los análisis sobre el denominado “efecto Matilda” -en referencia al “efecto Mateo” descrito por Merton (Rossiter, 1993)-: el olvido “generalizado”/generalizado de mujeres científicas célebres, los sesgados mecanismos de selección en los directorios científicos o el desigual re-

3 El ICWP publicó en 1950 en el *Journal of Social Psychology* los resultados de una amplia investigación sobre la situación de las mujeres psicólogas: “Women psychologists: Their work, training, and professional opportunities”. La ideología meritocrática e individualista de la época, y el silencio ante las discriminaciones, influyeron en el ICWP que eliminaba en 1959 la palabra “mujeres” de sus siglas

conocimiento de mujeres que firman artículos e investigaciones en co-autoría con sus maridos. En los años 70, Maxine Bernstein y Nancy Russo (1974) ya habían analizado dicho efecto en mujeres psicólogas a consecuencia de diferentes normativas de publicación científica, entre ellas por ejemplo la omisión de los nombres de autores/as o su sustitución por las iniciales -con lo que se atribuye por defecto la autoría masculina-, complicándose todavía más en aquellos casos donde las mujeres adquieren el apellido de sus maridos y se casan varias veces. En este sentido, se podría hablar del “efecto [Bluma] Zeigarnik” -la atribución de autoría masculina por defecto- o del “efecto Sherif & Sherif” o “efecto Carolyn” -el olvido del componente femenino en la co-autoría de matrimonios académicos-.

Se trata de trabajos pioneros sobre la organización social de los psicólogos pero que, a diferencia de los estudios mertonianos, incluían las desigualdades de género en sus análisis. Iniciaron así una tradición de investigación, continuada en décadas posteriores, sobre los mecanismos informales de discriminación -territorial y jerárquica- en condiciones de “igualdad formal” (Pion et al., 1996). Respecto a la discriminación vertical y en el contexto español, las recientes investigaciones sobre

la distribución de varones y mujeres a lo largo de la carrera académica siguen mostrando las tan repetidas gráficas con forma de tijera (variando muy poco los valores en 1986 y en el 2005): con porcentajes ligeramente superiores de mujeres estudiantes y la inversión de los porcentajes a favor de los varones agudizándose desde profesores ayudantes y asociados hasta titulares y catedráticos (Pérez Sedeño, 2007). En el curso 2003/04 las mujeres representaban el 32% del profesorado universitario (un porcentaje que había disminuido respecto a dos cursos anteriores, lo cual refleja el mito de que “el tiempo reequilibrará las desigualdades”). Casi 9 de cada 10 catedráticos eran varones (el 87%) frente al 13% de mujeres catedráticas (Alcalá, 2007). Esta infrarrepresentación en los cargos superiores (con datos similares en el 2007) se agudiza en los puestos de decisión unipersonales obtenidos por elección: las decanas mujeres constituyen un 16% y las rectoras un 6,5% (son datos extraídos del informe *Académicas en cifras* del Ministerio de Educación y Ciencia-2007). En “tiempos de igualdad” continúan siendo evidentes los efectos del llamado “techo de cristal” y las “redes informales de chicos” que impiden que las mujeres lleguen a puestos superiores cuyo acceso depende de sistemas informales de cooptación y revisión de pares.

	Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicol.		Psicología Social		Psicobiología		Psicología Básica		Psicología Evolutiva y Educación	
	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones
Titulares	165	120	92	104	72	63	107	140	143	108
Catedráticos	14	35	7	45	2	11	14	44	19	44

Tabla 1. Distribución por puesto y sexo en los departamentos de las facultades de Psicología en España (MEC, 2007)

En Psicología en concreto, y en el contexto español, destacamos los siguientes datos obtenidos del informe anteriormente citado que desglosa las cifras de titulares y catedráticos por sexo y áreas de conocimiento. Se aprecia perfectamente la inversión de porcentajes por sexo en la medida en que subimos en el escalafón docente y las diferencias en función de la “carga de género” del área (Tabla 1).

Por otro lado, son importantes también, los estudios sobre prejuicios y estereotipos sexuales que intervienen en los procesos de selección y evaluación. Resaltamos aquí un es-

tudio bibliométrico pionero que realizó Concha Fernández Villanueva (1982). Esta autora identificó los porcentajes diferenciales por sexo de publicaciones en la *American Psychologist*, la *Journal of Personality and Social Psychology*, la *British Journal of Psychology* y la *Revista de Psicología General y Aplicada*. En esta última, por ejemplo, el porcentaje de autores varones durante toda la década de los 70 era el 72,8% y el de autoras mujeres el 27,2%. Recientemente, la revista *Psicothema* ha realizado un estudio bibliométrico similar sobre los porcentajes de autores varones y

mujeres en dicha revista desde 1989 hasta 2008 (González-Alcaide et al., 2010). Sus conclusiones son que, aunque el número de mujeres autoras ha experimentado un aumento importante, han pasado de ser un 35,71% en 1989 a un 48,48% en 2008, persisten desequilibrios en relación con la productividad y el orden de las firmas (por ejemplo cuando se identifican los artículos con sólo una firma, el porcentaje de autores varones es del 73% y el de mujeres el 27%). No obstante, es de subrayar aquí la creciente preocupación por la igualdad de género en los organismos gestores de políticas científicas y la generación de estudios al respecto.

Por otro lado, sigue siendo necesario describir las diferentes formas de segregación sexual de ciertas áreas y criticar los procesos de desvalorización de aquéllas feminizadas, por ejemplo, el menor reconocimiento de ámbitos aplicados (Barberá y Cala, 2008; Moreno, 2009). Todavía se sigue dando la “fórmula” de que el prestigio de una disciplina o área de conocimiento es inversamente proporcional al número de mujeres en ella (González y Pérez Sedeño, 2002).

Destacar por último, la importancia de los estudios cualitativos que, más allá de cifras estadísticas, permiten profundizar en los mecanismos subjetivos y emocionales, más sutiles e invisibles, que están en la base de las desigualdades: por ejemplo, los diferentes procesos de socialización generizada y su influencia en la adaptación científica, o *ambivalencias identitarias* y *conflictos de rol* en mujeres académicas (Izquierdo, 2004). O pueden mostrar discursos que legitiman el *statu quo*: por ejemplo, la negación de la existencia de discriminaciones o la atribución a un sedimento del pasado o a elecciones individuales, etc. (Cabruja, 2008). O, como señalábamos en el apartado anterior, permiten abordar las relaciones entre las trayectorias de vida y las profesionales.

La construcción de la mujer y lo femenino como objetos de conocimiento psicológico

La crítica feminista también ha abordado la construcción psicológica de la “mujer” y “lo femenino” como *objeto* de estudio, y con ello la construcción psicológica de las diferencias sexuales, de la normalidad-naturalidad sexual y de una identidad sexual o de género fija e

inmutable (Lewin, 1984; Bem, 1993; Morawski, 1997). Recogiendo la herencia de las pioneras psicólogas, estos trabajos han criticado teorías psicológicas misóginas y sexistas, con esencialismos biologicistas aunque también de otros tipos (Bosch, Ferrer y Gili, 1999; García Dauder, 2005a)⁴. Junto a ello, se han descrito los sesgos de género a lo largo del proceso de investigación; y el androcentrismo de la psicología al olvidar determinadas experiencias particulares de las mujeres o al mostrarlas como “deficiencias” o patologías respecto a la norma masculina considerada universal.

Ellen Herman (1995) ha analizado el “curioso cortejo” de la psicología y el feminismo durante la década de los 70. Por un lado, el recelo de las feministas frente a la psicología y los expertos psicólogos que tras la guerra habían convertido a las madres -especialmente las madres “masculinas” que trabajaban- en chivos expiatorios responsables tanto de “neurosis de soldados” como de desastres sociales⁵. “A los ojos de muchas feministas, la psicología era poco más que sexismo disfrazado de ciencia” (Herman, 1995, p. 279). Pero según esta autora, si bien la psicología ayudó a “construir la feminidad”, también -y en respuesta a ello- provocó en parte la nueva ola del feminismo que, a su vez, se valió de conceptos psicológicos que ayudaban a explicar los aspectos subjetivos -no solo los materiales- de la opresión patriarcal. En su crítica a Erikson, Kate Millett (1969/1995) utilizó el concepto de *identidad* para enfatizar la dimensión social de la experiencia subjetiva y lo asoció con los procesos de socialización de género como base ideológica del poder patriarcal -recogiendo el lema de Beauvoir “la mujer no nace se hace”-. Millett criticó los escasos trabajos desde la psicología sobre las repercusiones psicosociales de la supremacía masculina. Otro ejemplo fueron las tesis humanistas de Betty Friedan (1963/1974) sobre el “problema que no tiene nombre” en las mujeres estadounidenses blancas de clase media, producto del sacrificio de su autorrealización al servicio de los demás; o los presu-

4 Un buen ejercicio para relativizar la autoridad de psicólogos clásicos como Watson, Hall, Titchener, o en España, Ortega y Gasset, es analizar sus teorías sobre la inferioridad de las mujeres y ver cómo sus facultades críticas y objetivas de veían mermadas cuando abordaban “la cuestión femenina”.

5 En este sentido, ver el excelente trabajo crítico de Erica Burman (1998b) sobre la psicología evolutiva.

puestos psicológico-humanistas implícitos en los grupos de concienciación a partir del lema *lo personal es político* (Kate Millett, 1969/1995). Por último, las psicólogas sociales feministas del momento generaron estudios sobre los *estereotipos y prejuicios de género*, analizaron el *poder* y la influencia del *contexto social* (Unger, 1998).

En su libro *Resisting Gender. Twenty-five years of Feminist Psychology*, Rhoda Unger (1998) nos cuenta cómo a partir de una charla informal en un congreso anual de la APA se gestó en 1969 la *Association for Women Psychologists* (AWP)⁶, una asociación extra-académica y activista. Su paralelo “formal” y académico será la posterior División 35 de la APA, “Psicología de las Mujeres”, creada en 1973, como producto de una comisión de investigación -el *Committee for Women in Psychology* (CWP) dirigida por Martha Mednick- con el objetivo de promocionar estudios sobre la situación de las mujeres en la psicología como sujetos y como objetos de conocimiento. Son años que coinciden con un nuevo auge del feminismo y curiosamente con la elección de la tercera y cuarta presidentas de la APA -Ann Anastasi en 1972 y Leona Tyler en 1973-, rompiendo de este modo con una ausencia de mujeres presidentas de más de 50 años.

Esta convergencia de *la psicología construye la feminidad y la psicología construye a la feminista* se hará especialmente evidente en la figura de Naomi Weisstein y su polémico “Kinder, küche, kirche as scientific law: Psychology constructs the female” (1968/1993)⁷. Como ha señalado Celia Kitzinger (1993), Weisstein impulsó con este texto clave el desplazamiento desde “la psicología construye lo femenino y la mujer” al “feminismo reconstruye a la psicología”. “El argumento central de mi artículo es el siguiente. La psicología no tiene nada que decir sobre cómo son las mujeres, lo que necesitan o lo que quieren, especialmente porque la psicología no lo sabe” (Weisstein, 1968/1993, p. 197). Y no lo sabe, en opinión de Weisstein, por su obsesión por los rasgos internos y su descuido del contexto social. Para explicar el comportamiento de las mujeres es necesario

comprender las condiciones y expectativas sociales bajo las cuales viven las mujeres. Weisstein acudía a los experimentos clásicos en psicología social -presentados en oposición a las teorías biologicistas- para demostrar la necesidad de analizar las influencias del contexto social en el comportamiento de las personas.

Hasta que los psicólogos no comiencen a respetar la evidencia, hasta que no empiecen a analizar los contextos sociales en los cuales la gente se mueve, la psicología no tendrá nada sustancioso que ofrecer (...) Lo que está claro es que hasta que las expectativas sociales hacia varones y mujeres no sean iguales, y hasta que no proporcionemos el mismo respeto a varones y mujeres, nuestra respuestas a esta cuestión [la existencia de diferencias sexuales inmutables] simplemente reflejará nuestros prejuicios. (1968/1993, p. 208).

A partir del texto de Weisstein algunas psicólogas se decidieron a “reconstruir” la psicología de la mujer, del género o de las diferencias sexuales, y en la década de los 70 y comienzos de los 80 se publicaron una serie de artículos revisando de forma crítica los estudios psicológicos sobre el tema. De especial interés fueron los recogidos en una de las revistas más prestigiosas de teoría feminista, *Signs*: “Review Essay: Psychology” y “Psychology and Women: Review Essay” de Mary Parlee (1975,1979), “Review Essay. Psychology” de Reesa Vaughter (1976) y “Psychology and Gender” de Nancy Henley (1985). Junto a estas revisiones, comienzan a escribirse libros sobre “psicología de las mujeres” firmados por mujeres -no en todos los casos necesariamente feministas- y recopilaciones sobre psicología de las diferencias sexuales (Maccoby y Jacklin, 1974; Sherman y Denmark, 1978).

Junto con los artículos de Weisstein, quiero destacar especialmente tres artículos críticos de 1979 y un libro de 1978, por la importancia que tuvieron en la época y por la vigencia actual de sus aportaciones. Dos artículos tienen la firma de Carolyn Sherif, “What every intelligent person should know about Psychology and Women” (1979) y “Ethnocentrism, Androcentism, and Sexist Bias in Psychology” (1979/1987), donde de forma irónica nos presentaba su “breve curso sobre cómo perpetuar un mito social” sobre diferencias sexuales. El otro artículo es el clásico de Rhoda Unger “Toward a redefinition of sex and gender” (1979) donde introdujo el concepto de género en una de las revistas más prestigio-

6 La historia de esta asociación feminista en psicología puede verse en Leonore Tiefer (1991).

7 *Feminism & Psychology* ha dedicado un monográfico especial a dicho texto en su volumen 3(2) de 1993.

sas, la *American Psychologist*, y advirtió que centrarse en las diferencias sexuales oscurecía el análisis sobre las semejanzas y sobre los determinantes situacionales de la conducta (1979, p. 1090)⁸. El libro al que me refiero es el de las psicólogas sociales Suzanne Kessler y Wendy McKenna, *Gender: An ethnomethodological approach* (1978)⁹. En este sorprendente trabajo, y anticipándose a las tesis teóricas de Judith Butler, las autoras ya rechazaban el dualismo sexo-biológico y género-social, al cuestionar la realidad “natural” e invariante de dos únicos sexos, “varón” o “mujer” -a los que se refieren como “géneros” por su carácter también social. Buena parte del libro está dedicado a explicar cómo “se hace el género” en las interacciones cotidianas, mediante estrategias de presentación y *passing* -de formas de hablar, apariencia física pública y privada y la construcción de un pasado personal- y mediante atribuciones externas de género -comenzando por la primera asignación de sexo cuando nace un bebé. La radicalidad de este libro -y de posteriores trabajos de Kessler (1998) sobre la asignación de sexo en bebés intersexuales- reside en tomar la dualidad sexual -no sólo la de género- no como un *a priori* incuestionado sino como producto social. Coincido con Carmen Poulin (2007) en reclamar para futuros manuales de Historia de la Psicología los nombres de Naomi Weisstein, Carolyn Sherif, Rhoda Unger o Suzanne Kessler y sus aportaciones a la psicología del género. No sólo eso, un espacio donde se sitúen las investigaciones psicológicas sobre diferencias sexuales en su contexto político.

Por otro lado, también en la década de los 70, diferentes académicas feministas criticaron públicamente el sexismo en la práctica clínica psicológica. Phyllis Chesler en la conferencia anual de la APA en 1970 sorprendió a su audiencia demandando “un millón de dólares ‘en reparaciones’ para aquellas mujeres que nunca habían sido ayudadas por los profesionales de la salud mental y que en cambio sí habían sido objeto de abuso” (Chesler, 1970 en Wilkinson, 1997). Chesler (1972) denunció cómo las mujeres eran patologizadas tanto si se conformaban a los dictados de la feminidad como si se rebelaban a ellos, y cómo los psi-

cólogos y psiquiatras varones habían construido la locura y la feminidad de forma “especular”. El feminismo en alianza con la anti-psiquiatría denunció la autoridad del poder médico sobre los cuerpos y vidas de las mujeres, y la patologización y psicologización de problemas y conflictos sociales producto de la dominación masculina y heterosexual. En diferentes países, a finales de los 60 se organizaron protestas y boicots de grupos feministas y de gays y lesbianas en convenciones de asociaciones psiquiátricas y psicológicas, denunciando la construcción social de enfermedades mentales a través de prejuicios sexistas, racistas, políticos y homófobos. Estos colectivos exigían protección legal frente a prácticas abusivas de clínicos, pero también libertad para prisioneros políticos y de gays y lesbianas internados en instituciones mentales. Se iniciaban así las bases de las “terapias no-sexistas” y “terapias feministas” que abordaron malestares desde el análisis social de las relaciones de poder sin patologizar a las mujeres (Sáez Buenaventura, 1988; Burin, 1990; Hyde, 1995).

No obstante las alianzas anteriores, la mayor parte de la psicología de las mujeres o psicología feminista ha reproducido a su vez la exclusión de otras diferentes diferencias, siendo predominantemente una psicología de y para mujeres blancas, anglosajonas, heterosexuales y de clase media-alta. Psicólogas feministas lesbianas, negras o no-occidentales, y que además quieran dedicarse al estudio sobre los grupos que representan, se encuentran en situaciones de mayor marginalización y exclusión, a veces desde la propia “psicología de las mujeres” y “psicología feminista” (Brown, 1989; Squire, 1989; Comas-Díaz, 1991; Hall, 1997). La APA no estableció una Sociedad para el “Estudio psicológico sobre cuestiones de minorías étnicas” hasta 1987 -doce años después de que se creara la división de “Psicología de las mujeres”-. En 1975 la APA votó prohibir la discriminación frente a psicólogos gays y lesbianas que hasta dos años antes -1973- estaban etiquetados como enfermos mentales en el *DSM* por sus propios compañeros de profesión (Morin, 1977; Herman, 1994). En 1985 se establece la Sociedad para el “Estudio psicológico sobre cuestiones de gays y lesbianas”. No obstante, estos avances han tenido un efecto más bien escaso sobre la tendencia general de la psicología, incluida la “psicología de las mujeres”, que representan

8 Feminism & Psychology ha dedicado un monográfico especial a dicho texto en su volumen 17(4) de 2007.

9 Feminism & Psychology dedicó en el 2000 un número monográfico a la revisión de este libro.

lo blanco y lo heterosexual como norma-neutra-generalizable, construyendo las diferencias como inferiores, invisibilizándolas o “guetizándolas” en epígrafes marginales. Desde la constatación estadística de la “creciente obsolescencia” de una psicología que no reconoce las diferencias -tanto de sus sujetos practicantes como de sus objetos de estudio-, se han elaborado varios trabajos advirtiendo sobre las consecuencias negativas de estas exclusiones y proponiendo una mayor inclusividad democrática -y una revisión de los contenidos- en la investigación, enseñanza y práctica (Hall, 1997; Landrine, 1995).

Junto a los estudios que criticaban el sexismo teórico, desde posiciones empiristas feministas se han venido denunciando diferentes “sesgos de género” a lo largo de todo el proceso de investigación psicológica: (1) modelos teóricos o lenguajes sesgados; (2) sesgos en la formulación de preguntas planteando determinadas cuestiones y no otras a consecuencia de estereotipos de género; (3) sesgos en la selección de las muestras: o bien utilizando con mayor frecuencia a varones que a mujeres -las teorías sobre la “motivación de logro” de McClelland, el “desarrollo moral” de Kohlberg o la “categorización social” de Tajfel se desarrollaron inicialmente a partir de estudios con muestras exclusivamente masculinas-, o bien realizando la selección en función de estereotipos -por ejemplo, los estudios sobre agresión se han realizado con muestras mayoritariamente masculinas-; (4) sesgos de género derivados de los efectos del experimentador; (5) sesgos en las interpretaciones o en la publicación exclusivamente de resultados significativos -sólo nos enteramos cuando difieren varones y mujeres y no cuando no lo hacen, descuidándose las semejanzas, etc¹⁰. En este sentido, varios trabajos han presentado un conjunto de orientaciones guía para evitar el sexismo en la investigación psicológica (Denmark, Russo, Frieze y Sechzer, 1988; McHugh, Koeske y Frieze, 1986) y han propuesto técnicas metodológicas como el “meta-análisis” con el objetivo de contrarrestar afirmaciones sobre la diferencia-inferioridad femenina (Hyde, 1994a).

10 Para un mayor análisis sobre diferentes investigaciones empíricas indicando sesgos de género en el proceso de investigación psicológica, ver Squire (1989), Hyde (1995), Unger (1998) o Barberá (1998).

En la actualidad, todavía se sigue debatiendo en el seno de la psicología feminista sobre el abandono o la reconstrucción del estudio sobre las diferencias sexuales¹¹. La teorización del género como rasgo diferencial y no como relaciones de poder, la reificación de conceptos como “masculinidad” y “feminidad” -o “androginia”¹², la construcción de una polarización dicotómica de los sexos y géneros con su consecuente heterosexismo y homogeneización interna, y el olvido de que el género está subjetiva y culturalmente situado, son algunas de las críticas a la *perversión de los estudios sobre el género* y la fetichización y obsesión por las diferencias (Fine y Gordon, 1989; Bem, 1993; Kitzinger, 1994; Hare-Mustin y Marecek, 1994). Para estas autoras, la psicología se ha reapropiado y ha despolitizado el feminismo precisamente mediante la investigación de las diferencias de género y bajo la presunción de la neutralidad de género. El auge de estos estudios y su aceptación dentro de la psicología dominante bajo los epígrafes de “psicología del género” o “psicología de las diferencias sexuales” puede explicarse en gran medida por su desvinculación del análisis del poder y por su adhesión rígida a los cánones metodológicos empiristas. Desde una posición diferente, psicólogas feministas empiristas han argumentado que no se puede negar el valor pragmático -bajo un contexto hegemónico de empirismo científico- de unos datos sobre diferencias sexuales que puedan ser *usados* políticamente en un sentido feminista, y que del mismo modo no se pueden olvidar las negativas consecuencias políticas de abandonar un campo marcado históricamente por el sexismo (Hyde, 1994b; Eagly, 1994). Muy pertinente en este debate ha sido la distinción de Rachel Hare-Mustin y Jeanne Marecek (1994) entre los “sesgos alfa”

11 El monográfico de *Feminism & Psychology* de 1994 tenía el título: “¿Debería la Psicología estudiar las diferencias sexuales?”. El mismo debate fue planteado a mediados de los ochenta en la *American Psychologist* (nº42, 43 y 45) y en la *Bulletin of the British Psychological Society* (nº39 y 40).

12 La “androginia” ha sido uno de los constructos psicológicos que más ha calado en el lenguaje común y ha trascendido a la psicología dominante (Mednick, 1989). No obstante, sus principales teóricas -Sandra Bem y Bernice Lott- se han distanciado críticamente de dicho término que reproducía de nuevo la dualidad -aunque ahora bajo dos continuos- y la existencia a priori de lo “masculino” y lo “femenino” como algo tangible e independiente, por otro lado solo identificable por expertos psicólogos (Lott, 1994; Bem, 1993; Morawski, 1994).

o la exageración de las diferencias y la polarización de género, y los “sesgos beta” cuando las diferencias de género son minimizadas y se considera lo masculino como universal.

Desde otras caras del debate, se ha revalorizado la “voz diferente” de las mujeres (de Carol Gilligan)¹³; se han explicado las diferencias enfatizando la internalización de la opresión de las mujeres con conceptos como “miedo al éxito” (de Martina Horner); o se han introducido constructos psicológicos en el vocabulario político como “empoderamiento” u “homofobia”. Para algunas autoras, la repercusión fuera de la psicología y el éxito de estos términos psicológicos se debe a cuestiones más políticas que intelectuales, ya que, según ellas, despolitizan problemas sociales teorizando el poder o las opresiones en términos individualizados y privatizados -a veces reproduciendo esencialismos homogeneizadores y a veces culpabilizando a las víctimas- eludiendo análisis sobre diferencias de poder o factores socio-estructurales (Mednick, 1989; Kitzinger y Perkins, 1993; Wilkinson, 1997).

Desde una *psicología feminista socioconstruccionista* se sostiene que más que preguntarse sobre cuáles sean las diferencias “reales” entre varones y mujeres, la psicología debería estudiar cómo las personas -incluidos los psicólogos- *construimos* varones y mujeres como dos sexos naturales y diferentes (Unger, 1998; Wilkinson, 1997).

La Psicología en “tiempos de igualdad” sigue manufacturando diferencias sexuales bajo determinismos biologicistas, y contribuye así a la popularización mediática y de *best sellers* sobre los “diferentes planetas” de los que provienen varones y mujeres. En las nuevas generaciones, se da la situación paradójica de un mayor conocimiento del feminismo (en el contexto español avalado por cambios políticos y legislativos), pero a la vez la negación de que el sexismo todavía exista y la producción de explicaciones individuales sobre problemas estructurales (Zucker y Ostrove, 2007). Siguen estando vigentes las palabras de Unger (1979) sobre la falta de atención a los estudios sobre semejanzas, “que no venden”, y sobre la necesidad de análisis sobre las constricciones sociales y sobre el género como variable estímulo. En este sentido, para

esta autora, hoy en día, “la cuestión sobre las diferencias sexuales no es una cuestión feminista” (Unger, 2007, p. 489). Por otro lado, recogiendo el legado de Kessler y McKenna (1978) y atendiendo al auge biologicista en las explicaciones sobre la transexualidad, otras autoras abogan por una reestructuración radical de las ideas sociales sobre el sexo como categoría dualista (no sólo sobre el género) y con la necesaria coherencia sexo/género que “obliga” a cambiar hormonal y quirúrgicamente cuerpos (Zucker y Ostrove, 2007). Esta perspectiva permitiría pensar en las variaciones de género a través del sexo (diferentes masculinidades en mujeres o la proliferación de nuevas categorías de género no dualistas). Junto a esto, se reclaman estudios interseccionales que atiendan a otras variables de opresión constitutivas y que rompan definitivamente el centro de atención en diferencias que homogeneizan a hombres y mujeres.

Articulaciones Psicología y Feminismo: hacia una Psicología Feminista

¿Qué ha aportado y qué puede aportar el feminismo a la psicología para proporcionar una mayor igualdad? Por un lado, desde posiciones feministas se han criticado las desigualdades de género en la comunidad psicológica. Por otro, se ha criticado el sexismo y androcentrismo en los contenidos psicológicos, y desde el empirismo feminista se han elaborado guías metodológicas para corregir y eliminar los sesgos de género en el proceso de investigación. Más aún, desde algunas posiciones se han relacionado ambos aspectos: desde la crítica al individualismo y la neutralidad del sujeto de conocimiento, y concibiendo la psicología como prácticas sociales, se ha destacado la relevancia epistémica tanto de la posición social y sexuada del sujeto de conocimiento, como de la estructura social de la comunidad científica. Desde algunas posiciones se han propuesto formas alternativas de conocimiento que potencien una *objetividad dinámica-relacional* reconfigurando las relaciones sujeto-objeto (Keller, 1991) y desde otras se propone una objetividad parcial definida como conocimientos situados (Haraway, 1991). Harding (1996) defiende el privilegio epistémico de la articulación de posiciones marginalizadas no normativas, entre ellas las feministas, gracias a las críticas que dirigen hacia los planteamientos hegemónicos, poniendo en cuestión lo no cuestionado de la ciencia,

13 En 1986 Signs dedicó un “forum interdisciplinario” monográfico sobre “una voz diferente” de Gilligan.

abriendo campos de ignorancia y denunciando las complicidades de la producción científica con el mantenimiento de desigualdades sociales. Helen Longino (2002) ha defendido una especie de “gestión objetiva de la diversidad” en la ciencia -que denomina “democracia cognitiva”- que garantice la inclusión de la máxima pluralidad de perspectivas socialmente relevantes con el objeto de anular las idiosincrasias particulares y facilitar el cuestionamiento del trasfondo de los valores hegemónicos. En definitiva, se defiende que es posible incrementar la objetividad democratizando el conocimiento y las prácticas científicas, y ese sería el efecto positivo que el feminismo como teoría crítica y movimiento político podría provocar en la psicología.

¿Qué puede aportar la psicología al feminismo? ¿Es posible una psicología feminista o es una contradicción en sus propios términos? Nos encontramos con que la retórica de la psicología científica en tanto a-política excluye la investigación feminista. Incluso la psicología política se ha desvinculado de las aportaciones feministas, perdiendo la riqueza de sus re-conceptualizaciones de “lo político” (“lo personal es político”) o de sus teorías sobre los mecanismos psíquicos del poder (Capdevila y Unger, 2006). Así, a partir de la década de los 80, a las investigaciones sobre la situación de las mujeres en psicología se le añaden las investigaciones sobre la situación particular de las *feministas en psicología*¹⁴: psicólogas que se especializan en estudios sobre mujeres, género o estudios feministas y que comienzan a darse cuenta que son escasas las revistas que aceptan sus artículos -muchos menos si no contienen estudios experimentales o empíricos- con el argumento de que sus temas y objetos de estudio son demasiado “particulares y minoritarios” (Kitzinger, 1990; Unger, 1998; Zucker y Ostrove, 2007). En respuesta a esta necesidad se fundaron las revistas *Sex Roles* en 1975 y *Psychology of Women Quarterly* en 1976 cuya línea editorial se dirige fundamentalmente a estudios empíricos sobre “psicología de las mujeres” y “psicología del género o de las diferencias sexuales”. No es hasta 1991 que se crea una revista que integra las palabras “psicología” y “femi-

nismo” -*Feminism & Psychology*- abriendo un nuevo espacio para aquellos trabajos no empíricos de psicología feminista. Diversos estudios han analizado también el escaso impacto de las investigaciones sobre la psicología de las mujeres en la psicología *mainstream* recabando índices sobre citas y temas en revistas prestigiosas (Lykes y Stewart, 1986; Fine y Gordon, 1989). Se plantean nuevos interrogantes: ¿estos trabajos son ignorados o poco citados porque están realizados *por* mujeres?, ¿porque son *sobre* mujeres? o ¿porque plantean cambios paradigmáticos para los cuales la comunidad de psicólogos todavía no está preparada? (Unger, 1998). En este sentido, surgen posteriores análisis epistemológicos sobre cómo la legitimidad profesional también depende de relaciones de poder donde intervienen las hegemonías de género y de conocimiento.

En un proceso de reflexividad sobre su trabajo, psicólogas feministas anglosajonas se han planteado el dilema “activismo *versus* academicismo” (Unger, 1998; Wittig, 1985). En palabras de Jill Morawski, cómo compaginar “la voz científica de la razón templada y la voz feminista del compromiso apasionado” (1997, p. 10). Un dilema que para muchas se traduce en una irreconcilable elección entre un trabajo académicamente “aceptable” por la comunidad de psicólogos -utilizando voces impersonales pasivas y distanciamientos activistas- o el abandono de la academia y la dedicación a la militancia feminista “desde los márgenes”. Otras en cambio apuestan por el desarrollo de un “feminismo anti-psicología” desde la propia academia (Squire, 1990); por mantenerse en un “empirismo feminista estratégico” conscientes de que ni es el único método ni el mejor, pero es necesario y políticamente efectivo (Unger, 1998); o critican la inoperancia política feminista de un relativismo paralizante (Weisstein, 1993). Algunas alertan sobre los peligros de cooptación académica y el consecuente desinflamiento político; otras defienden la existencia de estudios feministas como un espacio de intervención necesaria en y desde la academia¹⁵.

Psicólogas feministas han analizado las consecuencias de esta “doble alianza”, los “dobles estándares”, las “ambivalencias o contradic-

14 Wilkinson (1990, 1991) ha analizado los mecanismos de resistencia de la psicología tradicional frente a la creación de la Sección de “Psicología de las Mujeres” en la British Psychological Society.

15 Ver estas posiciones en la compilación de Erica Burman (1990) *Feminists and Psychological Practice*.

ciones” que implica la posición de psicólogas-feministas (Unger, 1998; Fine y Gordon, 1989; Wilkinson, 1991).

Comprometidas con la práctica feminista somos excluidas de la categoría de ‘psicólogas’. Practicando como ‘psicólogas’ dejamos de actuar como feministas (...) El híbrido ‘psicología feminista’ puede ser conceptualmente coherente o bien a través de una politización de la psicología, o bien a través de una despolitización del feminismo. (Kitzinger, 1990, p. 124,132).

Según estas autoras, bajo los criterios empiristas de objetividad y neutralidad parece que una “buena” investigación psicológica solo puede ser realizada a expensas de una buena teoría feminista, evitando mencionar y problematizar el poder y el contexto social, la existencia de mecanismos de opresión o hablar de patriarcado (Fine y Gordon, 1989; Nicolson, 1995). La marginalidad de publicaciones sobre mujeres -realizadas por y sobre un grupo no normativo e infravalorado por la disciplina- se torna ilegítima si además se utilizan métodos o teorías feministas no ortodoxos: los estándares científico-académicos en psicología canalizan una “psicología de la mujer” o “psicología del género” basada en estudios experimentales o estudios empíricos cuantitativos. Por otro lado, la ambivalencia con la que se encuentran las psicólogas feministas empiristas es que su trabajo es devaluado por la teoría feminista por su devoción por los datos y paradójicamente devaluado por la psicología debido a su conexión con la ideología feminista (Unger, 1998). Para algunas, la emergencia del paradigma socioconstruccionista en psicología social ha abierto nuevos espacios menos “malabarísticos” para una psicología feminista (Gergen, 2001; Burman, 1998a). Partiendo de las críticas al positivismo, al individualismo y al esencialismo, los problemas surgen ahora ante posibles disoluciones políticas en relativismos paralizantes (Weisstein, 1993); la urgencia política de datos empíricos en una sociedad que todavía basa los cambios sociales en “hechos científicos” (Kitzinger, 1999); y la importancia de cambios individuales *mientras se espera la revolución* (Brown, 1992).

“En tiempos de igualdad”, treinta años después de que Rhoda Unger introdujera el concepto de “género” en la psicología dominante para diferenciarlo de “sexo”, psicólogos y psicólogas siguen todavía confundiendo los conceptos, es más se ha producido una “co-

optación” despolitizada del término que lo aleja cada vez más de sus orígenes feministas (Crawford y Fox, 2007). Se da la situación paradójica de que el *boom* de los estudios de género ha “vaciado” de significado la palabra, haciéndola sinónima a “sexo” y llegando al absurdo de hablar de “diferencias de género en ratas o en el útero”. La proliferación de los estudios de género en Psicología ha provocado en parte el efecto opuesto al deseado por Unger: su utilización por parte de psicólogos y psicólogas no familiarizados con los argumentos feministas para hablar de diferencias sexuales. Este intercambio “ignorante” de los términos coexiste con la crítica profunda a la distinción sexo/género realizada por autoras como Butler y ya anticipada por Kessler (como hemos señalado). Es por ello que para muchas autoras todavía sigue siendo estratégicamente relevante distinguir ambos términos. Si bien los diferentes usos de la teoría feminista han permitido hablar de “género” como categoría crítica de análisis (“perspectiva de género”) y como categoría social (“relaciones de género” materiales y simbólicas), hoy nos encontramos con otros usos. Y así nos podemos preguntar: ¿por qué lo llaman género cuando quieren decir *sexo*? (p.ej. estadísticas con datos desagregados, varón-mujer, sin explicaciones sociales de las diferencias); ¿por qué lo llaman género cuando quieren decir *mujeres*? (p.ej. estudios sobre maternidad o reproducción sin perspectiva de género); o ¿por qué lo llaman género cuando quieren decir *feminismo*? (un uso políticamente correcto y subvencionable). No sólo eso, es el momento de plantearnos, como hace Teresa Cabruja (2008), “cómo hacer para que cuando el género entre en el aula [y en la academia en general, añado yo], el feminismo no salga por la ventana” (2008, p. 37). A partir del análisis del discurso de profesores y estudiantes de psicología, esta autora recoge que frente al término “género” percibido como “equitativo o compensado”, el concepto “feminismo” es “temido” porque no se asocia con un movimiento que lucha por la igualdad entre hombres y mujeres, sino por la desigualdad de los hombres (2008, p. 37). Todavía sigue siendo necesario rescatar la historia.

En el contexto español, un uso abusivo e indiscriminado del término género para hablar de diferencias sexuales supone un retroceso teórico y rompe con una tradición de tres dé-

cadras en las que el término había servido de puente para unir investigación psicológica y feminista. Ester Barberá y M^a Jesús Cala (2008) han resumido esta *evolución de la perspectiva de género en la psicología académica española* y las personas, institutos de investigación y principales publicaciones que han dado cuerpo a esta área de conocimiento, sobre todo a partir de la década de los 90¹⁶. Como publicaciones destacables, mencionar el manual coordinado por Ester Barberá e Isabel Martínez Benlloch (2004), *Psicología y Género*, donde participan autoras/es referentes en el área. Estas aportaciones han partido de perspectivas teóricas y metodológicas variadas, pudiendo compartir espacio en un mismo manual el cognitivismo, el psicoanálisis y la psicología social. Dentro de una perspectiva socio-cognitiva y desde un compromiso feminista se han desarrollado investigaciones sobre estereotipos, esquemas y atribuciones de género, sexismo, categorizaciones e identidad social, etc. Por otro lado, se ha dado un “viaje aplicado” (Barberá y Cala, 2008), pluridisciplinar y cada vez más interseccional. Se han abordado ámbitos como la violencia, la educación, la salud, el trabajo, la inmigración, el envejecimiento o la sexualidad, quizá porque los ámbitos aplicados han sido tradicionalmente más flexibles y receptivos a combinar rigurosidad con subjetividad y activismo, o porque desde lo particular, desde las prácticas, se puede comprender mejor cómo “se hace el género”¹⁷. También es destacable cómo los estudios de género y feministas sobre salud mental han incorporado a ese “otro de la psicología” que ha sido el psicoanálisis, gracias a una larga tradición de psicoanalistas feministas en el contexto español y con influencias de autoras latinoamericanas¹⁸. Señalar, por último, cómo varios manuales de psicología social ya incluyen en sus epígrafes “el construccionismo feminista o la psicología social crítica feminista” (Fernández Villanueva, 2003), incorporando así análisis foucaultianos y discursivos sobre la construcción social de diferencias, patologías o normalidades (Ca-

brera, 2005); o, con influencias del psicoanálisis, análisis sobre mecanismos subjetivos del poder, de sujeción y resistencia, que atienden a dimensiones emocionales e inconscientes (Amigot y Pujal, 2006, 2009). Sigue pendiente, no obstante, la problematización del sexo como variable dicotómica y excluyente, lo que supondría admitir una variabilidad de cuerpos sexuados equivalente a la asumida para el género. Un ejercicio que autoras que han analizado la intersexualidad ya están realizando (García Dauder, 2006; García Dauder y Gregori, 2009; Bonilla, 2009).

“En tiempos de igualdad”, nos movemos en un momento paradójico en el que, mientras se deconstruye y problematiza tanto el *objeto* de estudio de la psicología de las mujeres o de género, como el sujeto de conocimiento de la psicología feminista -su dualidad y su homogeneización interna que excluye diferentes diferencias-, sigue siendo necesario nombrarlo y recuperarlo para abordar desigualdades. Y siguen siendo necesarias las comillas.

Referencias

- Alcalá, Paloma (2007). La situación actual en España. En Paloma Alcalá, Eulalia Pérez Sedeño y María Jesús Santesmases (Coords.), *Mujer y Ciencia. La situación de las mujeres investigadoras en el sistema español de ciencia y tecnología* (pp. 34-52). Madrid: FECYT.
- Amigot, Patricia y Margot Pujal (2006). Ariadna danza. Lecturas feministas de Michel Foucault. *Revista Athenea Digital*, 9, 100-130.
- Amigot, Patricia y Margot Pujal (2009). Una lectura del género como dispositivo de poder. *Revista Sociológica*, 24 (70), 115-152.
- Barberá, Ester (1998). *Psicología del género*. Barcelona: Ariel.
- Barberá, Ester y Cala, M^a Jesús (2008). Perspectiva de género en la Psicología académica española. *Psicothema*, 20 (2), 236-242.
- Barberá, Ester y Martínez Benlloch, Isabel (Coord.) (2004). *Psicología y Género*. Madrid: Prentice Hall.
- Bem, Sandra (1993). *The lenses of gender*. New Haven: Yale Univ. Press.
- Bernstein, Maxine y Russo, Nancy (1974). The history of psychology revisited. Or, up with our foremothers. *American Psychologist*, 29, 130-134.
- Blázquez, Norma; Bustos, Olga; Delgado, Gabriela y Fernández, Lourdes (2008). *Mujeres académicas*.

16 Las revistas Papeles del Psicólogo, Revista de Psicología Social y Anuario de Psicología han dedicado desde el año 2000 números monográficos sobre psicología y género.

17 Una selección de estas contribuciones se puede encontrar en Barberá y Martínez (2004) y en Barberá y Cala (2008).

18 Sara Velasco (2009, pp. 114-117) ha recogido las autoras y contribuciones más relevantes en este sentido.

- cas: entre la ciencia y la vida. En Consuelo Mi-queo, M^a José Barral y Carmen Magallón (Eds.), *Estudios Iberoamericanos de Género en Ciencia, Tecnología y Salud* (pp. 227-245). Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Blázquez, Norma; Bustos, Olga y Restrepo, Alejandra (2010, abril). *La entrevista como herramienta metodológica para propiciar conciencia de género*. Actas del VIII Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología y Género, Curitiba, Brasil.
- Bohan, Janis S. (1992). Contextual History: A Framework for Re-Placing Women in the History of Psychology. En Janis S. Bohan (Ed.), *Replacing Women in Psychology. Readings Toward a More Inclusive History* (pp. 44-56). Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company.
- Bonilla, Amparo (2009). Gènere i cos. *L'Espill*, 31, 101-111.
- Bosch, Esperanza; Ferrer, Victoria y Gili, Margarita (1999). *Historia de la misoginia*. Barcelona: Antropos.
- Brown, Laura (1989). New voices, new visions. Toward a lesbian/gay paradigm for psychology. *Psychology of Women Quarterly*, 13, 445-458.
- Brown, Laura (1992). While waiting for the revolution: the case for a lesbian feminist psychotherapy. *Feminism & Psychology*, 2 (2), 239-253.
- Burin, Mabel (1990). *El malestar de las mujeres. La tranquilidad recetada*. Buenos Aires: Paidós.
- Burman, Erica (Ed.) (1998a). *Deconstructing Feminist Psychology*. London: Sage.
- Burman, Erica (1998b). *La deconstrucción de la psicología evolutiva*. Madrid: Visor.
- Buss, Allan R. (Ed.) (1979). *Psychology in Social Context*. Nueva York: Irvington.
- Cabruja, Teresa (Ed.) (2005). *Psicología: perspectivas deconstruccionistas*. Barcelona: UOC.
- Cabruja, Teresa (2008). ¿Quién teme a la psicología feminista? *Pro-Posições*, 19 (2), 26-46.
- Capdevila, Rose y Unger, Rhoda (2006). Feminisms without borders: Exploring the relationships between feminist and political psychology. *Feminism & Psychology*, 16 (1), 5-11.
- Capshew, James y Laszlo, Alejandra (1986). "We would not take no for an answer": Women psychologists and gender politics during World War II. *Journal of Social Issues*, 42 (1), 157-180.
- Cohen, David (1977). *Psychologists on Psychology*. Nueva York: Routledge.
- Comas-Diaz, Lillian (1991). Feminism and diversity in psychology. The case of women of colour. *Psychology of Women Quarterly*, 15, 597-609.
- Crawford, Mary y Fox, Annie (2007). From sex to gender and back again: Co-optation of a feminist language reform. *Feminism & Psychology*, 17 (4), 481-485.
- Crosby, Faye (1984). The denial of personal discrimination. *American Behavioral Scientist*, 27, 371-386.
- Chesler, Phyllis (1972). *Women and madness*. New York: Doubleday.
- Denmark, Florance; Russo, Nancy; Frieze, Irene y Sechzer, Jeri (1988). Guidelines for avoiding sexism in psychological research. *American Psychologist*, 43, 582-585.
- Domínguez, Roberto y García-Dauder, Silvia (2005). Conflicto constructivo e integración en la obra de Mary Parker Follett. *Revista Athenea Digital*, 7. Extraído el 01 de mayo de 2010, de <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/188/188>
- Eagly, Alice H. (1994). On Comparing Women and Men. *Feminism & Psychology*, 4 (4), 513-522.
- Fernández Villanueva, Concepción (1982). La mujer y la psicología. En M. Ángeles Durán (Ed.), *Liberación y utopía* (pp. 81-102). Madrid: Akal.
- Fernández Villanueva, Concepción (2003). *Psicologías sociales en el umbral del siglo XXI*. Madrid: Fundamentos.
- Fidell, Linda (1970). Empirical verification of sex discrimination in hiring practices in psychology. *American Psychologist*, 25, 1094-1098.
- Fine, Michelle y Gordon, Susan (1989). Feminist transformations of/despite psychology. En Mary Crawford y Margaret Gentry (Eds.), *Gender and thought: Psychological perspectives* (pp. 146-174). New York: Springer-Verlag.
- Friedan, Betty (1963/1974). *La Mística de la Femenidad*. Madrid: Júcar.
- García Colmenares, Carmen (2007). Autoridad femenina y reconstrucción biográfica: el caso de las primeras psicólogas españolas. *Revista de Investigación en Educación*, 3, 51-70.
- García-Dauder, Silvia (2005a). *Psicología y Feminismo. Historia olvidada de mujeres pioneras en Psicología*. Madrid: Narcea.
- García-Dauder, Silvia (2005b). Mary Whiton Calkins: La psicología como ciencia del self. *Revista Athenea Digital*, 8. Extraído el 01 de mayo de 2010, de <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/188/188>

- García Dauder, Silvia (2006). Ingeniería bioconduccional al servicio de la normalización. Vigilando las fronteras del sexo. En José Luis Romero y Rafael Álvaro (Coord.), *Antipsychologicum* (pp. 157-76). Barcelona: Virus.
- García Dauder, Silvia (2010). La historia olvidada de las mujeres de la Escuela de Chicago. *REIS*, 131, 11-41.
- García Dauder, Silvia y Gregori, Nuria (2009). Disenyant el marge de cossos possibles. *L'Espill*, 31, 122-132.
- Gergen, Mary (2001). *Feminist reconstructions in Psychology*. London: Sage.
- Giménez, M^a Carmen (2007). Las mujeres en la Historia de la Psicología. *Revista de Historia de la Psicología*, 28 (2/3), 281-290.
- González-Alcaide, Gregorio; Castelló-Cogollos, Lourdes; Bolaños-Pizarro, Máxima; Alonso-Arroyo, Adolfo; Valderrama-Zurián, Juan Carlos y Aleixandre-Benavent, Rafael (2010). Veinte años de investigación de la Psicología española en *Psicothema* (1989-2008). *Psicothema*, 22(1), 41-50.
- González García, Marta I. y Pérez Sedeño, Eulalia (2002). Ciencia, tecnología y género. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación*, 2. Extraído el 1 de mayo de 2010, de <http://www.oei.es/revistactsi/numero2/varios2.htm>
- Hall, Christine Iijima (1997). Cultural malpractice. The growing obsolescence of psychology with the changing U.S. population. *American Psychologist*, 52, 642-651.
- Haraway, Donna (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Harding, Sandra (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- Hare-Mustin, Rachel y Marecek, Jeanne (1994). *Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos*. Barcelona: Herder.
- Henley, Nancy (1985). Psychology and gender. Review essay. *Signs*, 11 (1), 101-119.
- Herman, Ellen (1994). *Psychiatry, psychology, and homosexuality*. New York: Chelsea House Publishers.
- Herman, Ellen (1995). *The romance of American Psychology*. Berkeley: Univ. of California Press.
- Hyde, Janet (1994a). Can meta-analysis make feminist transformations in psychology? *Psychology of Women Quarterly*, 18, 451-462.
- Hyde, Janet (1994b). Should psychologists study gender differences? Yes, with some guidelines. *Feminism & Psychology*, 4 (4), 507-512.
- Hyde, Janet (1995). *Psicología de la mujer. La otra mitad de la experiencia humana*. Madrid: Morata.
- Izquierdo, M^a Jesús (dir.) (2004). *El sexisme a la UAB*. Bellaterra: Servei de Publicacions de la UAB.
- Keller, Evelyn Fox (1991). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Alfons el Magnànim.
- Kessler, Suzanne y McKenna, Wendy (1978). *Gender. An Ethnomethodological Approach*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kessler, Suzanne (1998). *Lessons from the Intersexed*. London: Rutgers Univ.Press.
- Kitzinger, Celia (1990). Resisting the Discipline. En Erica Burman (Ed.), *Feminists and Psychological Practice* (pp. 119-134). London: Sage.
- Kitzinger, Celia (1993). "Psychology Constructs the Female": A Reappraisal. *Feminism & Psychology*, 3 (2), 189-193.
- Kitzinger, Celia (1994). Should psychologists study sex differences? *Feminism & Psychology*, 4 (4), 501-506.
- Kitzinger, Celia (1999). Lesbian and gay psychology. *Annual Review of Critical Psychology*, 1, 50-66.
- Kitzinger, Celia y Perkins, Rachel (1993). *Changing our minds. Lesbian feminism and psychology*. London: Only Women Press.
- Landrine, Hope (Ed.) (1995). *Bringing cultural diversity to Feminist Psychology*. Washington: APA.
- Laws, Judith (1975). The psychology of tokenism: An analysis. *Sex Roles*, 1, 51-67.
- Lerner, Gerda (1992). Placing Women in History: Definitions and Challenges. En Janis S. Bohan (Ed.), *Re-placing Women in Psychology. Readings Toward a More Inclusive History* (pp. 31-43). Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company.
- Lewin, Miriam (Ed.) (1984). *In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes*. New York: Columbia Univ. Press.
- Loevinger, Jane (1948). Professional ethics for women psychologists. *American Psychologist*, 3, 551-551.
- Longino, Helen (2002). *The Fate of Knowledge*. Princeton: Princeton Univ. Press.
- Lott, Bernice (1994). Naturalezas duales o conducta aprendida: el desafío de la psicología feminista. En Rachel T. Hare-Mustin y Jeanne Marecek (Eds.), *Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos* (pp. 87-128). Barcelona: Herder.

- Lykes, M. Brinton y Stewart, Abigail (1986). Evaluating the feminist challenge to research in personality and social psychology: 1963-1983. *Psychology of Women Quarterly*, 10, 393-412.
- Maccoby, Eleanor y Jacklin, Carol (1974). *The psychology of sex differences*. Palo Alto: Stanford Univ. Press.
- McHugh, Maureen; Koeske, Randi y Frieze, Irene (1986). Issues to consider in conducting non sexist psychological research. A guide for researchers. *American Psychologist*, 41, 879-890.
- Mednick, Martha (1989). On the politics of psychological constructs. Stop the bandwagon, I want to get off. *American Psychologist*, 44 (8), 1118-1123.
- Millett, Kate (1969/1995). *Política Sexual*. Madrid: Cátedra.
- Ministerio de Educación y Ciencia (2007). *Académicas en cifras*. Extraído el 1 de mayo de 2010, de http://www.ua.es/es/presentacion/oficina_rector/unidad-igualdad/pdf/Academicas_en_cifras_2007.pdf
- Mitchell, Mildred (1951). Status of women in the American Psychological Association. *American Psychologist*, 6, 193-201.
- Morawski, Jill G. (1994). Hacia lo no imaginado. Feminismo y epistemología en psicología. En Rachel T. Hare-Mustin y Jeanne Marecek (Eds.), *Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos* (pp. 181-218). Barcelona: Herder.
- Morawski, Jill (1997). *Practicing Feminisms, Reconstructing Psychology*. Michigan: Univ. Michigan Press.
- Moreno, Amparo (2009). *Las psicólogas hablan de Psicología*. Madrid: Catarata.
- Morin, Sephen (1977). Heterosexual bias in psychological research on lesbianism and male homosexuality. *American Psychologist*, 32, 629-637.
- Nicolson, Paula (1995). Feminism and Psychology. En Jonathan A. Smith, Rom Harré y Luk Van Langenhove (Eds.), *Rethinking Psychology* (pp. 122-142). London: Sage.
- Parlee, Mary (1975). Review essay: Psychology. *Signs*, 1, 119-138.
- Parlee, Mary (1979). Psychology and women. Review essay. *Signs*, 5, 121-133.
- Pérez Sedeño, Eulalia (2007). Ayer, ¿igual que hoy?. En Paloma Alcalá, Eulalia Pérez Sedeño y María Jesús Santemas (Coords.), *Mujer y Ciencia. La situación de las mujeres investigadoras en el sistema español de ciencia y tecnología* (pp. 22-33). Madrid: FECYT.
- Pion, Georgine M.; Mednick, Martha T.; Astin, Helen S.; Hall, Christine I.; Kenkel, Mary B.; Keita, Gwendolyn P.; Kohout, Jessica L. y Kelleher, Jean C. (1996). The shifting gender composition of psychology. Trends and implications for the discipline. *American Psychologist*, 51, 509-528.
- Poulin, Carmen (2007). It made us think differently. *Feminism & Psychology*, 17 (4), 435-441.
- Rivière, Joan (1929/2007). La feminidad como mascarada. *Revista Athenea Digital*, 11, 219-226. Extraído el 1 de mayo de 2010, de <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/374/335>
- Rossi, Alice (1965). Women in science: Why so few? *Science*, 148, 1196-1202.
- Rossiter, Margaret (1992). *Women scientists in America. Struggles and strategies to 1940*. Baltimore: The Johns Hopkins Univ. Press.
- Rossiter, Margaret (1993). The Matthew Matilda effect in science. *Social Studies of Science*, 23, 325-341.
- Rossiter, Margaret (1995). *Women scientists in America. Before affirmative action 1940-1972*. Baltimore: The Johns Hopkins Univ. Press.
- Russo, Nancy y Denmark, Florence (1987). Contributions of women to psychology. *Annual Review of Psychology*, 38, 279-298.
- Sáez Buenaventura, Carmen (1988). *Sobre mujer y salud mental*. Madrid: laSal.
- Scarborough, Elizabeth y Furumoto, Laurel (1987). *Untold lives: The first generation of american women psychologists*. Nueva York: Columbia Univ. Press.
- Sherif, Carolyn (1979). What every intelligent person should know about psychology and women. En Eloise Snyder (Ed.), *The study of women: Enlarging perspectives of social reality* (pp. 143-183). New York: Harper & Row.
- Sherif, Carolyn (1979/1987). Ethnocentrism, androcentrism, and sexist bias in psychology. En Sandra Harding (Ed.), *Feminism and Methodology* (pp. 39-96). Bloomington: Indiana Univ. Press.
- Sherman, Julia y Denmark, Florence (Eds.) (1978). *The Psychology of Women: Future direction of research*. New York: Psychological Dimensions.
- Squire, Corinne (1989). *Significant differences. Feminism in Psychology*. New York: Routledge.
- Squire, Corinne (1990). Feminism as antipsychology: learning and teaching in feminist psychology. En Erica Burman (Ed.), *Feminists and Psychological Practice* (pp. 76-88). London: Sage.

- Tiefer, Leonore (1991). A brief history of the Association for Women in Psychology: 1969-1991. *Psychology of Women Quarterly*, 15, 635-649.
- Unger, Rhoda (1979). Toward a redefinition of sex and gender. *American Psychologist*, 34, 1085-1094.
- Unger, Rhoda (1998). *Resisting Gender. Twenty-five years of Feminist Psychology*. London: Sage.
- Unger, Rhoda (2007). From inside and out: Reflecting on a feminist politics of gender in Psychology. *Feminism & Psychology*, 17(4), 487-494.
- Vaughter Reesa (1976). Review essay: Psychology. *Signs*, 2 (1), 120-146.
- Velasco, Sara (2009). *Sexo, género y salud*. Madrid: Minerva.
- Weisstein, Naomi (1968/1993). Psychology constructs the female; or, the fantasy life of the male psychologist. *Feminism & Psychology*, 3 (2), 195-210.
- Weisstein, Naomi (1977/1997). "How can a little girl like you teach a great big class of men?" the chairman said, and other adventures of a woman in science. En Mary Crawford y Rhoda Unger (comp.), *In Our Own Words. Readings on the Psychology of Women and Gender* (pp. 26-32). New York: McGraw-Hill.
- Weisstein, Naomi (1993). Power, resistance, and science: A call for a revitalized feminist psychology. *Feminism & Psychology*, 3, 239-245.
- Wilkinson, Sue (1990). Women organizing within psychology. En Erica Burman (Ed.), *Feminists and Psychological Practice* (pp. 140-151). London: Sage.
- Wilkinson, Sue (1991). Why Psychology (Badly) Needs Feminism? En Jane Aaron y Sylvia Walby (Eds.), *Out of the Margins* (pp. 191-203). London: The Falmer Press.
- Wilkinson, Sue (1996). *Feminist Social Psychologies*. Buckingham: Open Univ. Press.
- Wilkinson, Sue (1997). Feminist Psychology. En Dennis Fox y Prilleltensky (Ed.), *Critical Psychology. An Introduction* (pp. 247-264). London: Sage.
- Winkler, María Inés (2007). *Pioneras sin monumentos: mujeres en Psicología*. Santiago de Chile: Ediciones Lom.
- Wittig, Michele (1985). Metatheoretical dilemmas in the Psychology of Gender. *American Psychologist*, 40, 800-811.
- Zucker, Alyssa y Ostrove, Joan (2007). Meanings of sex and gender for a new generation of feminist psychologists. *Feminism & Psychology*, 17, 470-474.



SILVIA GARCÍA-DAUDER

Doctora en Psicología y profesora de Psicología Social en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Ha participado en diversos proyectos de investigación sobre Ciencia, Tecnología y Género. Ha publicado varios artículos sobre las relaciones entre la Psicología y el Feminismo y sobre las pioneras psicólogas y científicas sociales. Es autora de *Psicología y Feminismo. Historia olvidada de mujeres pioneras en Psicología* (2005, ed. Narcea) y co-editora de *El eje del mal es heterosexual. Figuras, movimientos y prácticas feministas queer* (2005, ed. Traficantes de sueños).

DIRECCIÓN DE CONTACTO

silvia.dauder@urjc.es

FORMATO DE CITACIÓN

García-Dauder, Silvia (2010). Las relaciones entre la Psicología y el Feminismo en "tiempos de igualdad". *Quaderns de Psicologia*, 12 (2), 47-64. Extraído el [día] de [mes] del [año], de <http://www.quadernsdepsicologia.cat/article/view/771>

HISTORIA EDITORIAL

Recibido: 15/06/2010
Aceptado: 17/09/2010